

39º CONGRESO PSOE



BASES POLÍTICAS PARA LA PONENCIA MARCO



¿Por qué un proyecto de país renovado?

Los procesos de cambio que se están produciendo a escala global están modificando el mundo sobre el que opera el proyecto socialista. Conceptos como inseguridad, incertidumbre o desprotección se han situado en el centro del debate político y académico de nuestro tiempo.

Una amplia mayoría de ciudadanos y ciudadanas sienten que, en la actualidad, existen multitud de amenazas sobre las formas de vida que las democracias liberales y los estados sociales y de derecho han sido capaces de desarrollar en nuestro entorno europeo a lo largo de las últimas décadas.

Una crisis financiera derivó en primer lugar en una crisis económica. Y ésta en una crisis social y política que ha dado paso a un tiempo en el que el nacionalismo resurge en muchos países. Nuevas voces se alzan proponiendo repliegues nacionales y cierres de fronteras, modelos de aislamiento nacional que ponen en riesgo el proyecto de integración europea. Ultraderecha y populismo, los nuevos fantasmas que recorren Europa, se muestran desafiantes ante los principios de la Revolución Francesa, los que definieron la base de nuestra idea de ciudadanía, los que articularon nuestra idea de pluralismo, los que permitieron la convivencia en paz en Europa. Es así como Reino Unido ha iniciado un proceso de salida de la Unión Europea pocos meses antes de que el Presidente de EE.UU abandere una derecha populista, aislacionista y neoproteccionista, que no solo siembra de incertidumbres y amenazas las relaciones internacionales a escala global, sino que se ofrece como un patrón a imitar por distintos actores populistas y de extrema derecha en nuestro continente.

Todo cambia a gran velocidad y ninguno de esos cambios nos resulta ajeno. Por todo ello, el primer reto del proyecto socialista debe centrarse en el análisis de estas nuevas realidades en toda su complejidad para poder operar sobre ellas manteniendo nuestros principios y nuestras aspiraciones.

La socialdemocracia ha sido una de las grandes constructoras del modelo de desarrollo, de convivencia y de pluralismo, de cohesión social y de vertebración territorial en la Europa posterior a la II Guerra Mundial. Y por ello, en este contexto de crisis, no ha sido inmune en términos de cuestionamiento de algunas de sus principales certezas ideológicas y en términos de apoyo social.



España, como todos los países de nuestro entorno, no es ajena a muchos de estos retos y el papel que quiere asumir el Partido Socialista Obrero Español es de liderazgo frente a un mundo que ha cambiado.

Es en este contexto donde debemos enmarcar las también múltiples crisis por las que ha pasado nuestro país en los últimos años. Crisis que han tenido numerosas consecuencias. En primer lugar, la cohesión social ha sido debilitada. Desigualdad, pobreza y exclusión social son realidades que se han instalado entre nosotros con más intensidad que nunca en nuestro recorrido democrático. Nuestra sociedad hoy es mucho más injusta, la igualdad de oportunidades y los derechos de ciudadanía se han visto enormemente debilitados por el contexto de crisis y por la aplicación de las políticas que el Partido Popular desarrolló en sus años de mayoría absoluta. Políticas que han dejado a millones de personas en una situación de mayor vulnerabilidad social.

El gobierno conservador ha venido justificando muchas de sus decisiones en la necesidad de realizar reformas económicas. Al mismo tiempo, presentaba una imagen de nuestro país poco ambiciosa y pesimista. Muchos de sus recortes de la inversión pública se amparaban en la idea de que no podíamos permitirnos un Estado de Bienestar sólido y moderno, propio de una economía desarrollada. Y así ha sido como, con sus políticas, el Partido Popular no solo ha debilitado la cohesión social de nuestro país, sino que además ha hecho que nuestra economía esté peor preparada para el futuro.

Los derechos de los trabajadores, la educación, la cultura, la innovación y el progreso tecnológico son para nosotros las señas de identidad de una economía avanzada. Y sin embargo, todos estos factores han sido deliberadamente debilitados en los 5 años de mayoría absoluta del Partido Popular.

Por otro lado, la desconfianza hacia el funcionamiento de nuestras instituciones y hacia los actores que las protagonizan también se ha incrementado. Amplios sectores de la sociedad española desconfían hoy de los políticos, de los partidos y de los sindicatos, de las organizaciones empresariales. La lacra de la corrupción ha agudizado esta crisis de representación por la que atraviesa nuestro país. Una crisis por la que también transitan algunas de las principales democracias contemporáneas.

Con todo, el Partido Socialista Obrero Español no ha sido ajeno a las convulsiones de nuestro tiempo. Tras abandonar el gobierno a finales de 2011, el PSOE ha encadenado los dos peores

resultados de nuestra historia en las elecciones de diciembre de 2015 y Junio de 2016. No solo un Gobierno muy desgastado e impopular que ha desplegado políticas socialmente agresivas ha logrado volver a ser la primera fuerza, sino que además nuevas formaciones políticas han aparecido en el espacio parlamentario.

La situación de bloqueo institucional producida en nuestro país durante el último año ha sido el resultado de la puesta en práctica de vetos excluyentes por parte de distintas formaciones. En ese escenario, el Partido Socialista asumió en solitario el desbloqueo institucional de nuestra democracia. Lo hizo para evitar la amenaza de unas terceras elecciones que no solo no hubieran evitado un Gobierno del PP sino que, con toda seguridad, lo habrían reforzado.

Todo ello se produjo tras un intenso debate dentro de nuestro Partido, donde aparecieron heridas profundas que han dañado gravemente nuestra unidad interna.

Con todo, tanto España como el PSOE están ante encrucijadas de enorme entidad. Y por ello, el próximo Congreso tiene una gran importancia para nuestro país. Tenemos que innovar en el proyecto político y abrir una profunda reflexión sobre el modelo de Partido. Al igual que ocurre en la sociedad, también en el PSOE es fundamental continuar mejorando nuestros procedimientos democráticos, estableciendo nuevos canales que permitan la máxima participación de los afiliados tanto en las deliberaciones como en la elección de los puestos de máxima responsabilidad. Tras la elección de la Secretaría General de forma directa por parte de todos los miembros de nuestro partido, necesitamos continuar mejorando nuestros modelos de democracia interna.



Hacia una sociedad más justa

Frente a los proyectos conservadores, de reacción ante los cambios y el progreso social, frente a los proyectos rupturistas que se alimentan del conflicto, emerge la socialdemocracia como una aspiración reformista que ambiciona grandes consensos sociales. El principal valor de nuestro proyecto socialdemócrata ha sido su capacidad de transformar la sociedad sin generar rupturas traumáticas ni conflictos sociales. Los socialistas hemos trabajado para que nuestras sociedades se caractericen por el desarrollo humano, la cohesión social, la solidaridad, la tolerancia y la diversidad. La dureza de la realidad social para millones de personas a lo largo de nuestra historia ha sido siempre traducida por la socialdemocracia en políticas de desarrollo y de justicia social. Nuestros valores están en el ADN de las sociedades europeas. Nuestras ideas impregnan los mejores años de la historia de nuestro continente. Su realidad es nuestra realidad.

Por ello, esta enorme crisis que ha golpeado tan fuerte nuestras economías y nuestro modelo social, ha golpeado también algunos de nuestros valores.

El futuro del proyecto de paz, desarrollo y convivencia europea depende de nuevo del papel que en el futuro juegue el socialismo democrático.

Por ello, debemos ser capaces de articular soluciones a nuestros desafíos desde una doble perspectiva nacional y europea, regional y global. El mundo se está articulando en torno a grandes áreas geográficas y la socialdemocracia debe empezar a proponer y desarrollar propuestas políticas, económicas y regulatorias que superen las fronteras de los Estados. Frente a quienes proponen sociedades cerradas, en reacción ante los fenómenos globales y que solo conducen al aislamiento y la pobreza, el socialismo democrático apuesta por sociedades abiertas, por democratizar su apertura, por regularla al servicio de la generación y la distribución de la riqueza, del desarrollo humano y de la cohesión social y territorial.

La socialdemocracia española aspira, por tanto, a un modelo de sociedad que es distinto al de la España actual. Esto no significa que no nos sintamos orgullosos del camino recorrido en las últimas cuatro décadas. En los treinta y ocho años de democracia, la sociedad española ha sido protagonista de enormes logros. Muchos de nuestros progresos económicos, sociales y políticos nos han puesto al mismo nivel de las sociedades de nuestro entorno. Por ello, los socialistas nos sentimos muy orgullosos de nuestro país y de las transformaciones que hemos vivido con la recuperación de la democracia. Ese es el principal motivo por el que no nos conformamos, por el que aspiramos a vivir en una sociedad mejor.



Consideramos que España necesita cambios profundos para enfrentarse a los retos del futuro. El bienestar de las sociedades modernas se asienta sobre economías fuertes e innovadoras y sobre un pacto intergeneracional donde los ciudadanos del presente cuidan de aquellos que se esforzaron en el pasado y de los que trabajarán en el futuro. Por ello, si la economía se debilita o la demografía no garantiza este pacto intergeneracional, los socialistas sabemos que necesitamos introducir reformas. También sabemos que la España actual es muy distinta de la que transformó el PSOE en los años 80 y principios de los 90. Seguramente se aproxima un poco más al contexto que gobernamos entre 2004 y 2011, pero aun así, las múltiples crisis que han asolado nuestro país en los últimos años hacen que sea necesario un nuevo proyecto político.

Un proyecto que debe dar respuestas a las sucesivas transformaciones a las que se han visto sometidas las sociedades más avanzadas. Junto a ello, un conjunto de factores nacionales también han contribuido a la necesidad de replantearnos nuestra oferta a la sociedad. Por un lado, el progreso económico global y el avance tecnológico ofrecen nuevas oportunidades de bienestar y de derechos para todos, siempre que seamos capaces de incorporarlos y canalizarlos. Pero si el reparto de los costes y beneficios de este progreso no se realiza de forma justa, veremos cómo millones de ciudadanos se quedarán por el camino, siendo los perdedores de la internacionalización de nuestras economías y de los avances tecnológicos.

Para ello debemos dotar a nuestro país de mejores condiciones de competitividad económica. La educación, la cultura, la innovación y la investigación y el desarrollo serán las políticas que mejor preparen a nuestro país ante su propio futuro. Debemos conseguir que las incertidumbres de nuestro tiempo se conviertan en oportunidades.

Todos estos objetivos son posibles si somos capaces de liderar una nueva modernización de nuestra economía, apoyada en la educación, la cultura, la innovación y la investigación. Los retos de la digitalización, la mayor presencia de robots y máquinas con inteligencia artificial o las nuevas tecnologías no solo nos abren un enorme campo de grandes transformaciones en el futuro más inmediato, sino que ya son un presente que requiere nuestra respuesta. Elementos como el mercado laboral o la fiscalidad van a tener que adaptarse a esta nueva economía. Sería un error enfrentarse a este desafío negando el desarrollo tecnológico o resignarse ante las consecuencias indeseadas. Hay que gobernarlo. Regularlo. Ponerlo al servicio de la generación de mejores condiciones de vida en nuestra sociedad.



Al mismo tiempo, las demandas más ajustadas de empleo provenientes del progreso tecnológico deben contribuir a un reparto de los tiempos del trabajo que proporcione nuevas oportunidades para mejorar la formación, la conciliación familiar, el ocio y el descanso a todos los trabajadores. Pero no solo esto, este progreso tecnológico nos va a permitir enfrentarnos con mejores instrumentos a una de las mayores amenazas de nuestras sociedades: el cambio climático. Por ello, la socialdemocracia debe tener una agenda reformista en un contexto donde se nos pide ser valientes y arriesgar.

Otra de las consecuencias de las múltiples crisis por las que pasa nuestro país es el problema de convivencia territorial. Su resolución nos exige comenzar por aquello que más se ha dañado en los últimos tiempos: la convivencia entre ciudadanos con distintos sentimientos identitarios. Los socialistas consideramos que España ha hecho de Cataluña una sociedad mejor, en la misma medida que Cataluña ha enriquecido al conjunto del país. En nuestra convivencia histórica, el respeto a la diversidad siempre ha sido la piedra sobre la que ha descansado una relación fraternal y de afecto. Así, el Partido Socialista aspira a que la crisis de convivencia territorial solo sea una etapa más en el camino, de la que nuestros vínculos salgan más reforzados. El proyecto del PSOE siempre ha buscado reforzar la idea de España en su diversidad, tal y como recoge la Declaración de Granada. Por ello, son indispensables un conjunto de reformas que garantice la convivencia y el funcionamiento del Estado. Esto último nos llevará a abordar cuestiones como la reforma del Senado, los mecanismos de cooperación entre comunidades autónomas, el sistema de financiación y la protección de las diferentes identidades culturales en el marco de un Estado federal.

Finalmente, en la España del futuro, es impensable desplegar esta agenda reformista sin pensar en Europa. El sueño de una Europa unida que represente los valores de solidaridad, esperanza y paz no es solo el deseo de una generación, sino que son los anhelos derivados de la consciencia histórica y de la aspiración de preservar muchos de los logros que hemos alcanzado los europeos en los últimos setenta años. Además, el destino de la socialdemocracia está íntimamente ligado al futuro de Europa. Por ello necesitamos desplegar una agenda europea que permita profundizar en las uniones política, económica y social. Necesitamos más Europa, pero también una Europa distinta. Las críticas que el proyecto europeísta ha recibido en los últimos años deben servir de revulsivo para poner sobre la mesa las reformas necesarias que permitan fortalecer el proyecto europeo. Así, una economía más fuerte y competitiva y una mayor cohesión entre sociedades deben ser aspiraciones en nuestro proyecto europeo. El naufragio histórico de la crisis de los refugiados, el drama humanitario en nuestras propias fronteras, ha puesto de relieve cómo Europa



no puede perder las señas de identidad por las que siempre ha sido reconocida. La solidaridad y el bienestar son los principios vectores de un proyecto europeo que ha sido cuestionado en demasiadas ocasiones en los últimos años, especialmente por parte del ideario nacionalista y populista. Si queremos preservar a nuestras sociedades de las falsas soluciones y las propuestas simplistas que proponen tanto el populismo como la extrema derecha, debemos incorporar a Europa en la solución de nuestros principales desafíos.

Hacia una democracia más fuerte

Con razón o sin ella, la política es percibida como la responsable de muchos de nuestros problemas. Vivimos en un tiempo en el que se atribuye a la política más responsabilidad que nunca sobre los acontecimientos, los problemas y los desafíos.

Durante los últimos cuarenta años, se han producido transferencias de poder desde la política a instancias terceras. Instancias que no atienden al principio de responsabilidad política. La consecuencia es que las decisiones de los mercados, los colapsos financieros o los fallos de funcionamiento burocrático se siguen contestando en las puertas de los Parlamentos.

A pesar de esta situación, la política ha seguido actuando como si tuviera los mismos instrumentos que en el pasado y asumiendo, de ese modo, las mismas responsabilidades que en el pasado. Durante décadas las sociedades democráticas han restringido los límites de la acción política, sin restringir consecuentemente los límites de las promesas y de los compromisos políticos. De modo que, poco a poco, se ha ido produciendo una inflación del discurso político, cada vez más ambicioso en sus promesas. Cada vez más modesto en sus logros. En esa asimetría, nacen el descontento y la desafección.

La reacción de nuestras sociedades ante esa incongruencia ha sido de distanciamiento hacia las instituciones políticas de la democracia. Ahí está el origen de las propuestas populistas. Ahí está el caldo de cultivo de las extremas derechas, de los discursos que culpabilizan a las instituciones, del populismo que se ofrece como solución mágica ante las enormes incertidumbres de nuestra era.

Cuarenta años después de que la llamada revolución neoliberal propugnara el adelgazamiento del Estado y la política, el populismo, de derechas y de izquierdas, trata de cerrar el círculo de debilitamiento de las instituciones de la democracia representativa. La respuesta a la impotencia



democrática ha sido, en algunos casos, una apuesta por la democracia caudillista. Trump es su mejor ejemplo. La respuesta a la complejidad de una economía globalizada y a las demandas

plurales y contradictorias de unas sociedades cada vez más diversas, ha sido la simplificación del discurso, la búsqueda del enemigo exterior, el repliegue nacional, el aislamiento, el cierre de fronteras. La reivindicación de una soberanía pura y perfecta, impermeable y aislada, que aunque inexistente se formula, paradójicamente, en detrimento de los instrumentos del Estado y de su capacidad para seguir poniendo en práctica políticas de desarrollo económico, cohesión social y convivencia cívica.

La renuncia a la gobernanza de la globalización y la apuesta por una reacción ante ella no hará sino agravar los problemas y empeorar las condiciones de vida de millones de personas a lo largo y ancho del mundo desarrollado. Una respuesta que si bien es presentada como moderna e innovadora, ya fue experimentada en el pasado. En muchas ocasiones con resultados decepcionantes. En otras, con resultados catastróficos.

Entre lo que algunos llaman lo viejo y lo nuevo se está abriendo paso un cierto sentimiento anti-político de los populismos, los ultranacionalismos y los separatismos. No ofrecen respuestas coherentes ni viables a los problemas, pero sirven como cauce de expresión para la protesta, la frustración y la ira de buena parte de la ciudadanía. Estos comportamientos extrañan riesgos de retroceso en la calidad democrática y en la viabilidad de los sistemas de protección de derechos y libertades de nuestra pluralidad interna.

Por todo ello, el PSOE se reafirma en la necesidad de una democracia representativa, como una forma óptima de democracia. Queremos mejorarla con la participación ciudadana en los procesos de toma de decisiones, en la apertura de las listas electorales, en la transparencia y la rendición de cuentas de los representantes públicos.

La socialdemocracia debe defender la política democrática como camino destinado a organizar el espacio público compartido conforme a la voluntad, la participación, los valores y los intereses de las mayorías. Y debe defender una política transformadora, eficaz y realista. Con una dimensión crecientemente europea y global. Desde los valores progresistas de la mayoría, que son los valores de la igualdad, de la libertad y de la justicia, sin perder la tensión utópica que siempre nos ha inspirado a los socialistas a proponer nuevos horizontes sociales y políticos capaces de inspirar y movilizar a amplias mayorías sociales. De esta manera los socialistas queremos reconquistar el



espacio de centralidad por nuestra capacidad de entendimiento con la gran mayoría de la sociedad y de los actores políticos democráticos, respondiendo así a las preocupaciones ciudadanas.

Esta defensa de la política y de la democracia representativa tiene que ir acompañada de la ambición reformista que es propia de un proyecto socialdemócrata. Por ello, los socialistas estamos dispuestos a defender un salto en la calidad de nuestra democracia que permita no solo combatir la corrupción, sino que además conecte con las demandas de más participación y más transparencia. La ciudadanía lleva mucho tiempo desconfiando del funcionamiento de las instituciones y de los actores que protagonizan nuestro sistema político. Así, el mejor camino para recuperar esa confianza es introducir las reformas necesarias. Pero reivindicar la política es algo más que mejorar nuestras instituciones. En nuestras sociedades hay múltiples actores que trabajan por un mundo mucho más justo y merecen reconocimiento. Debemos darles más visibilidad y hacerles protagonistas en muchas de las tomas de decisión. Al mismo tiempo, también tenemos que poner en valor principios democráticos como los de la lealtad, el consenso y el diálogo. Además de las normas, las instituciones y los actores, los valores que rigen a una sociedad democrática también deben ser motivo de preocupación. Los socialistas no solo aspiramos a resolver nuestra crisis política, sino que ambicionamos vivir en una sociedad de profundos valores democráticos

En definitiva, la política es el mejor instrumento para alcanzar una sociedad distinta a la actual, donde la idea de ciudadanía sea nuestra razón de ser. Los ciudadanos deben tener una vida digna desde que nacen hasta que mueren. Y la dignidad de las personas no es algo que venga dado, sino que es la conquista resultado de múltiples decisiones y reivindicaciones políticas. Todo ello lo debemos hacer en un contexto donde la política se ha debilitado tanto en la percepción ciudadana como en su ejercicio. Por ello queremos fortalecer nuestras democracias y sus instituciones. No es tarea fácil, pero nunca ha sido fácil para los socialistas alcanzar sus aspiraciones.

Hacia una solución de los problemas

Las ideas fuerza de nuestro proyecto socialdemócrata son las de una sociedad justa en una democracia fuerte. Es un planteamiento que se aleja de la involución conservadora en términos de cohesión social y de las propuestas populistas que tratan de debilitar nuestros sistemas políticos.



Estas ideas fuerza, no obstante, deben materializarse en una agenda que aborde los principales problemas de nuestro país:

- Un empleo que permita un proyecto de vida. Desde el año 2008, uno de los principales problemas de España es el desempleo, que durante esta crisis ha alcanzado cifras intolerables. Los socialistas vamos a poner lo mejor de nosotros mismos para crear las condiciones económicas que permitan no solo reducir las tasas de desempleo, sino que además el número de ocupados sea cada vez mucho mayor. Es una de las condiciones necesarias para sostener nuestro sistema del bienestar. Pero los socialistas no nos conformamos con cualquier empleo, tal y como viene haciendo el Partido Popular. Defendemos que un puesto de trabajo signifique un empleo decente y poder desarrollar un proyecto de vida. Para ello son necesarios salarios dignos y estabilidad laboral. Al mismo tiempo, la lucha contra las desigualdades que produce nuestro mercado laboral en términos de dualidad o de pérdida de poder negociador por parte de los trabajadores son la principal prioridad para el Partido Socialista.
- Un estado del bienestar moderno. En los treinta y ocho años de democracia, son muchos los avances que ha experimentado nuestra sociedad desde el punto del bienestar. En estos momentos tenemos cuatro pilares asentados: educación, sanidad, pensiones y dependencia. No obstante, además de ambicionar una mejor prestación de estos servicios, modernizándolos y dotándolos de mayores recursos, los socialistas nos proponemos acabar con la pobreza y la exclusión social, especialmente la que afecta a los más débiles: los niños. Para ello queremos desarrollar un nuevo pilar del estado del bienestar que permita que en muy pocos años la pobreza y la exclusión social sean solo un recuerdo del pasado, porque la dignidad de las personas es siempre nuestra prioridad.
- Una economía moderna y fuerte. La creciente internacionalización de las economías y los progresos tecnológicos nos obligan a dar un nuevo salto en la modernización de nuestro país. Para ello vamos a hacer una apuesta decidida por la educación, la cultura, la innovación y la investigación. Queremos que nuestra economía siga estando entre las más desarrolladas. Este anhelo nos lleva a los socialistas a una ambiciosa propuesta de modernización de nuestro sistema educativo, de las relaciones laborales y de la fiscalidad. Muchos de estos elementos deben adaptarse a un nuevo tiempo económico, marcado por una exigencia de desarrollo sostenible y respetuoso con el medio ambiente.
- Una continua lucha por la igualdad de género. A pesar del camino recorrido durante el siglo XX, las mujeres siguen viendo muchos de sus derechos mermados y no obtienen en la sociedad la posición que les corresponde. La violencia de género, la brecha salarial o las dificultades para desarrollar una carrera profesional son problemas del conjunto de la sociedad que a los



socialistas nos preocupan. El PSOE no solo es una formación socialista, sino que también es profundamente feminista y se reivindica como el partido que más puede hacer por los derechos de las mujeres.

- Tolerancia cero con la corrupción. El abuso del poder en beneficio propio es uno de los principales males de cualquier sistema político. En democracia, los ciudadanos tienen instrumentos para defenderse de este abuso de poder. No obstante, los socialistas queremos seguir empoderando a la ciudadanía y a las instituciones para combatir la corrupción, uno de los ejemplos más deleznable del abuso de poder. La transparencia, la profesionalización de la función pública, un poder judicial más moderno y eficiente, la protección de quienes vienen denunciando casos de corrupción y unas instituciones más exigentes con sus miembros son algunos de los ingredientes que nos permitirán combatir esta lacra.

Un partido del siglo XXI

El Partido Socialista, a lo largo de su historia, es el mejor instrumento que ha tenido la ciudadanía para alcanzar sus aspiraciones de un país mejor. Así, el PSOE siempre ha sabido unir su proyecto político a las demandas mayoritarias de los españoles. Los socialistas somos el partido de la clase trabajadora, pero somos más que el partido de la clase trabajadora y nuestra voluntad es preservar esa vocación de mayoría progresista. Para poder seguir representando los deseos y los anhelos de los españoles, necesitamos fortalecer nuestra organización, algo dañada tras los últimos meses.

Como partido con amplia trayectoria, nos enfrentamos a los problemas que surgen en cualquier colectivo formado por hombres y mujeres. Una de nuestras principales dificultades es la tendencia a la endogamia. Mirarnos a nosotros mismos sin ser capaces de ser conscientes de lo que pasa a nuestro alrededor sería el mayor de nuestros fracasos. Por ello, nuestro principal objetivo será seguir abriendo el partido a la sociedad, tanto en sus personas como en sus ideas. Debemos reflexionar sobre el papel del Partido Socialista en la ciudadanía: cómo se relaciona con ella, cómo se enriquece con sus ideas y cómo incorpora estas ideas a su proyecto político. Así, la primera de nuestras tareas es aspirar a un partido más abierto, donde nada nos resulte ajeno. No resultaría creíble para nuestro proyecto político que aquello que queremos para la sociedad, no lo queramos para nuestra organización. Si aspiramos a una sociedad donde el mérito y la capacidad sean ingredientes importantes, nuestra organización también debe regirse por estos principios. Nuestras direcciones y los cuadros del partido tienen que enriquecerse con el mayor talento



posible. Para ello, los principios de mérito y capacidad también deben ser importantes a la hora de configurar las distintas direcciones del partido en los diferentes niveles territoriales. Además, tampoco podemos mirar para otro lado cuando la realidad no nos guste. Si ante los cambios o nuestras propias debilidades mostramos una actitud defensiva, nos estaremos equivocando.

Junto a ello, las aspiraciones de participación y transparencia de la ciudadanía deberían reforzarse en nuestros debates orgánicos. Los socialistas queremos seguir siendo el partido más democrático y seguir liderando los cambios de democratización dentro de las organizaciones políticas y sociales. Pero en ese camino no podemos renunciar a nuestras fortalezas. Una organización implantada en el territorio, con cuadros con gran experiencia local y autonómica y unas instituciones intermedias que representan a la militancia son elementos a los que no podemos renunciar. Todos estos ingredientes han hecho del Partido Socialista Obrero Español la organización política con más historia. Por ello, las demandas de democracia directa deben ser compatibles con todo aquello que nos ha permitido tener 137 años de historia. No podemos renunciar a nuestro pasado ni a aquello que nos ha hecho fuertes.

En los últimos meses, nuestra organización se ha debilitado como resultado de una profunda crisis interna y de la áspera pugna política que ha transmitido a la sociedad preocupación y enfado. Como telón de fondo de esta discusión aparece nuestro modelo de partido y la democracia interna. En este sentido, el Partido Socialista no es ajeno al debate social que se ha producido sobre la misma democracia. Una discusión que tiene que ver con una cierta crisis de la intermediación en la sociedad de la información y de la comunicación. Hoy, como nunca hasta ahora, los seres humanos tienen capacidad de expresar de forma directa sus opiniones sin la mediación de los medios de comunicación o de los representantes políticos. Representar es hacer presente a alguien que está ausente, pero hoy millones de personas están presentes en el debate público a través de las redes sociales. Construir una arquitectura política que incorpore esa nueva realidad y dé una respuesta satisfactoria al legítimo deseo de participar lo más directamente posible en la toma de decisiones es una tarea ineludible. Por ello, es muy conveniente abrir una reflexión profunda con el fin de hacer convivir este anhelo de participación con la cohesión organizativa, el respeto a las minorías, la atención a las normas y, en general, todos los elementos que constituyen la democracia como forma de cultura política. Una forma de cultura política que es un modelo de elección y de toma de decisiones, pero también mucho más que eso, pues la democracia también es una forma de civilización.



A todo este escenario se añade la propia idiosincrasia organizativa del Partido Socialista. Dentro del PSOE conviven en estos momentos tres ideas de democracia muy distintas que deben ser capaces de relacionarse simultáneamente. En primer lugar, desde el año 2014 elegimos de forma directa a nuestra Secretaría General. Este mecanismo de selección es muy propio de sistemas presidenciales, reforzando claramente la legitimidad de nuestro máximo dirigente. En segundo lugar, nuestras estructuras intermedias son más propias de sistemas parlamentarios, donde los comités federal, regionales y provinciales representan la voluntad de la militancia en los periodos entre congresos. En tercer lugar, nuestras agrupaciones locales responden más bien a modelos asamblearios, donde la militancia toma de forma directa muchas de las decisiones que incumben a este espacio. El reto que tenemos como partido político es que estas tres ideas de democracia puedan convivir sin producirse choques de legitimidades. Por ello, es muy conveniente abrir una reflexión profunda con el fin de establecer de forma clara las normas que permitan esta convivencia. Los socialistas estamos obligados a ser, en primera persona, la vanguardia de la mejora de la democracia.

Estos debates deben ser relevantes en nuestro horizonte, siendo conscientes de que la democracia no deja de ser un instrumento para resolver nuestras decisiones. La democracia es un camino y una forma de entender la sociedad. El Partido Socialista ha decidido hace mucho tiempo transitar por este camino dentro de la organización y no va a renunciar a ello.

Por todo ello, la ponencia que sostendrá el debate político de nuestro 39 Congreso planteará los principales desafíos a los que debe hacer frente nuestro Partido y nuestro País. Convencidos de que de dicho Congreso saldrá el mejor proyecto que los socialistas podamos ofrecer a la sociedad española para transitar los próximos años con garantías de una democracia más fuerte y de una sociedad más justa.